

RECENSIONES

SICCO MANSHOLT: *La crisis de nuestra civilización (Conversaciones con Janine Delaunay)*, Editorial Euros, Barcelona, 1975, 203 pp.

El socialista holandés Sikko Mansholt, uno de los máximos exponentes del «crecimiento cero» y formulador del concepto de «bienestar nacional bruto» como contrapunto al oficializado de «producto nacional bruto», es también uno de los hombres más eminentes y humanos que ha dado la política en los últimos lustros. Dar prioridad al interés colectivo sobre el individual y al largo plazo sobre el corto son dos de sus concepciones básicas, por sí solas revolucionarias.

Este libro está compuesto de preguntas (por Janine Delaunay) y respuestas de Mansholt, agrupadas en cuatro grandes apartados: la vida del propio Mansholt (el «pionero»), la Europa de hoy, la de ayer, el crecimiento económico y la Europa que hay que inventar. En realidad estos y otros temas más marginales o ajenos están también presentes y se interpenetran. Por eso hay que llamar de entrada la atención sobre un punto mayor: el que es un verdadero pecado de todo lo que precisamente ataca el autor que esta edición desperdicie completamente un largo número de páginas en blanco, de las cuales cinco al final, pero que sea incapaz de añadir un índice onomástico y otro por materias si es que tiene que ser también un libro de referencia. Ignoro si el original, en francés, lo llevaba. Pero el original se titulaba simplemente *La crise*; todo lo demás es el hispánico añadido de exageración, por muy pachuca que esté la llamada civilización.

Todas las declaraciones salpican ingenio, pero algunas pecan de ingenuidad. No se trata de saber sólo las grandes opciones, sino de clarificar también los medios. El político que pese a todo es Mansholt desprecia en el fondo el mundo de la política-politiquería que es el más. «¿Dónde están los partidos europeos?»: «En el limbo». «En política a veces es necesario sobresaltar, decir claramente y de manera precisa lo que se piensa... Los políticos casi siempre tienen miedo. ¿De qué? Esto es lo que yo me pregunto» (Yo se lo diré: de perder el empleo). «La política no es un trabajo, no es una ciencia, quizá sea un *hobby*, serio, naturalmente, pero algo completamente aparte.» En general, hacer política está mal visto..., porque la mayor parte de los políticos no hacen realmente política (...), se contentan con reflejar los deseos inmediatos de las capas de la población que tiene peso electoral. ¡Esto es lo peor que podía ocurrir! Un ejemplo de ello son los sondeos llamados científicos: ¿hay un problema?, ¡rápido, un sondeo! (...), es el fin de la política, y sobre todo es el fin de la demo-

RECENSIONES

cracia (...). Yo creo que un partido político que utiliza a menudo sondeos antes de las elecciones no es un partido serio.»

¿Tecnócratas?, «... quieren siempre saberlo todo. Yo no sé». Pero «a veces es necesario perderse en los pequeños detalles como puede ser la constitución de los espaguetis». Políticamente, Italia es lo más lamentable dentro de los países latinos: refinерías contra «los parajes más bellos». ¿Que la industria llega a Cerdeña? Pues bien, de antemano los industriales compran los dos periódicos de la isla. La confesional democracia cristiana holandesa sale malparada: nada tiene que decir ni que hacer excepto cultivar su propia confesionalidad.

¿Economistas? «En primer lugar deben liberarse de la mayor parte de los dogmas que han inventado.» ¿Energía? «Esperábamos la crisis hacia 1980 a 1985, pero gracias a los árabes se ha impuesto desde 1973. Tanto mejor. La Europa de los acontecimientos ha demostrado que cuando marcha mejor es a golpe de crisis.» Prefiere el sistema yugoslavo al sueco, porque en el segundo hay autogestión, mientras que el primero sólo «es una ligera corrección del capitalismo, pero no es en absoluto socialismo». Lo que no dice es cuántos «yugoslavos» hay ganándose el pan en países capitalistas, Suecia incluida (sobre todo), y cuantos suecos sufren las mismas aventuras por Europa.

¿Ciencia y fe? «Tengo miedo cuando la ciencia y la religión se convierten en Biblia. Desconfío de los científicos que actúan como sacerdotes o como magos, de los que tienen el aspecto de pensar: "Yo sé, luego puedo juzgar mejor". Los catecismos..., sean cuales fueren..., impiden el progreso de los hombres. ¿Quizás sea una especie de humanismo el no querer comprenderlo todo?»

¿Pasaportes? En Europa debían haber concluido a partir de 1973. «¿Para qué sirve el pasaporte? Los criminales y los estafadores tienen siempre los papeles en regla y, en caso contrario, pasan la frontera sin ser molestados.»

Para Mansholt, «la Europa política necesita una defensa europea» dentro de la OTAN, pero ello «no implica en absoluto la creación de una fuerza nuclear. Al contrario» ... es lo que más teme, y en tal sentido denuncia «el diálogo que se ha entablado entre franceses e ingleses que desean una fuerza de choque europea (...). Esta fuerza de choque sería una piedra en el cuello de Europa». Aparte de que el traductor o el original francés es de creer que han confundido una *strike force* por una *task force* (esta última es la traducción para *fuerza de choque*), parece evidente que Mansholt debe desconfiar profundamente de los rusos para justificar a los americanos y sus «garantías», o desconfía del tinglado europeo para que no deje de ser un velado protectorado americano. ¿Cómo conjuga sus temores hacia una fuerza europea eficaz e independiente si afirma que «cuanto más se habla de desarme más se perfeccionan las armas», y que «gastamos 650.000 millones de dólares por un año de defensa. El 8 por 100 del presupuesto mundial»? La cifra casi triplica a la realidad, máxime porque sus declaraciones datan del año pasado.

Ese es Sicco Mansholt. Un gran hombre que cree que puede pasar por un hombre normal.

TOMÁS MESTRE

RECENSIONES

DAVID HERNÁNDEZ: *Tensiones y violencia en América Latina*, Editorial Zero, S. A., Algorta (Vizcaya), 1974, 110 pp.

Todo intento de profundizar en cualesquiera de los problemas que en el momento presente tiene planteados América Latina, norma general que se extiende a todas las áreas del quehacer humano—políticas, sociales, económicas, etc.—, depara no pocas dificultades. Encontramos, pues, justificadas las palabras iniciales con las que David Hernández comienza su obra, a saber: «Dentro de la relativa unidad latinoamericana, sólo será posible subrayar los rasgos más sobresalientes del despertar de las veintidós repúblicas hermanas hacia una *toma de conciencia*, primero apenas perceptible, pero que se acelera cada vez más a medida que el imperativo de un cambio de estructuras hace inaplazable su implantación por medios pacíficos o violentos.» En todo caso, parece oportuno subrayarlo, la tarea de intentar comprender un mínimo de situaciones sociopolíticas latinoamericanas supone el vencer toda una serie de complejos y arduos obstáculos. Pensemos, a modo de ejemplo, que las situaciones latinoamericanas no solamente entrañan actores e intérpretes nacionales, sino, por el contrario—así lo ha señalado un experto—, junto a los actores nacionales, aparecen otros actores sociales en tanto dinamizadores de los procesos históricos de cambio en América Latina. La acción directa de esto se proyecta, en general y fundamentalmente, a nivel nacional, dada la inarticulación estructural interna y externa de los sistemas políticos nacionales en tanto condicionante de la capacidad de acción de aquellos actores y, más particularmente, de cualquier proyecto y estrategia que apunte a internacionalizar o globalizar procesos a partir de ellos.

Consecuentemente, perfectamente advierte el autor de las páginas que comentamos esta situación, a juzgar por la bibliografía que es posible manejar, si bien hay fuentes y lugares comunes en donde todos los autores concuerdan, también es verdad que se puede constatar, en no pocos temas, un amplio contraste de opiniones. Justamente, mientras unos rechazan «el mito de una América Latina homogénea, uniforme» y afirman la existencia de tantas Américas como grupos étnicos se localizan en el Continente, otros subrayan el denominador común de lengua, religión, cultura, etc., elementos vinculantes ampliamente unificadores. En tanto unos grupos responsabilizan a la «religión» del actual estado de cosas—en este sentido, la acción personal de don Manuel Larrain en Chile (obispo de Talca hasta 1966), de don Gerardo Valencia en Colombia (obispo de Buenaventura hasta 1972), o Dom Helder Camara en Brasil (actual obispo de Recife), por ejemplo, aparece mucho más como la acción de «hombres de Iglesia» frente a situaciones de marginalidad, de subdesarrollo, de dependencia y de dominación, que como el producto de sus carismas o cualidades personales, aun cuando éstas afirmen aquella acción—, otros, por el contrario, explican que «no es por causa de la religión, sino por causa de la no-religión de quienes arrastran su fe cristiana llevados de una irresponsable inercia espiritual» por lo que subsisten las estructuras actuales.

Es evidente, por lo tanto—de aquí las serias dificultades que implica el emprender el análisis de cualesquiera tema latinoamericano—, que el uso continuo de expresiones diferentes para designar una misma cosa—reforma de estructuras, violencia, revolución...—va, quérase o no, creando un extraño lenguaje que impone, al mismo tiempo,

la necesidad, antes de aplicarlo, de comprobar la similitud de sinónimos o expresiones exactamente iguales. El político, el sociólogo, el economista al referirse a América Latina tiene que solventar, junto a las peculiaridades propias del tema que examine, una preocupación más: cuidar el lenguaje.

De muchísimas de las cosas que acontecen en América Latina se puede dudar, vacilar o aceptar con no pocas precauciones. Existe, sin embargo, una realidad que nadie, cuando menos en los momentos presentes, se atreve a considerar cuestión marginal: la tendencia inaplazable al cambio. Es esta una de las perspectivas que David Hernández estudia con más cuidado. En las actuales circunstancias sociales, económicas, políticas y religiosas de América Latina—nos dice—se podrá titubear sobre la rapidez de los medios o el acierto en las políticas del camino emprendido. Lo que es incuestionable y está cada vez más en la conciencia de la mayoría es el imperativo del cambio.

El autor de este libro señala que América Latina conoce en la actualidad su hora más difícil y violenta. Sin tratar, por nuestra parte, de contradecir su opinión nos atreveríamos a señalar que esta situación no es nueva para los pueblos de allende los mares. Su propia emancipación—¿qué ejemplo más elocuente podemos indicar...?—fue, como es bien sabido, consecuencia o fruto de un largo período de dramáticas y violentas luchas. No creemos, a pesar de todo, que la situación presente supere a la de antaño. Por lo tanto, conviene subrayarlo, cabe aceptar con alguna reserva la tesis sostenida por el autor de estas páginas de que, en estos momentos, América Latina ha quebrado su actitud de pasividad y se ha inmiscuido de lleno, con cierto aire suicida, en el mar tenebroso de las tensiones sociopolíticas.

América Latina para David Hernández es un continente profundamente religioso y este hecho entraña mayor significación de lo que a primera vista pudiera parecer, puesto que, en efecto, la pérdida de confianza en la Iglesia o el Estado inicia el distanciamiento que, al acumularse en tensión, se acelera hasta desembocar en cambio o en violencia. Y esa falta de confianza en pueblos tan religiosos como los latinoamericanos arranca de la divergencia, captada por la conscientización, del contraste de las realidades injustas de la vida de millones de cristianos, con las exigencias perentorias de la fe, de una fe vacía de obras, que no logra encarnarse y demostrar su autenticidad en la convivencia humana.

Ante estas perspectivas, nos dice el autor del libro, las verdades y valores aceptados antes con tranquila naturalidad dejan de ser claros e indiscutibles. La sujeción, demasiado pesada. A medida que la Iglesia aparece alineada con el Poder, su mensaje deja de percibirse. Si se la identifica en el bando de los grupos opuestos al cambio, al resentimiento se sumará la apostasía. Porque la fe es una forma de vida, una exigencia, está en germen una tensión donde sea siempre una idea cristiana. Los misioneros sembraron esas ideas sin tacañería, durante siglos, por todo el continente. ¿Es de extrañar que ahora toda América Latina vibre en tensiones...? Si hay algo que objetar es el retraso con que esas tensiones se han producido. El hecho de la permanencia arraigada en naciones cristianas, de estructuras anticristianas, sí que merece una explicación. Algo es incuestionable: la incompatibilidad con el Evangelio de una estructuras que segregan hermanos y propician injusticias. En un pueblo cristiano de verdad, la reacción y las tensiones debían haberse producido antes. La reacción,

RECENSIONES

aunque tardía, es ya una realidad sociológica en Latinoamérica, y esto es un buen síntoma.

La tesis central que David Hernández defiende en su libro es la referente al hecho de que, quíerese o no, los pueblos latinoamericanos han alcanzado su mayoría de edad. Ciertamente, el pueblo latinoamericano—escribe—empieza a sentirse mayor de edad. Como tal quiere pensar por sí mismo, decidir sus destinos, elegir entre las opciones posibles, exigir se respete su parecer. «El día en que se abran sus ojos, ¡ay del cristianismo si las masas guardan la impresión de haber sido abandonadas por la convivencia con los grandes y poderosos!» Si los ricos y privilegiados no captan el mensaje de este signo del tiempo, ¿quién podrá evitar los excesos revanchistas y las regresiones compensatorias de un pueblo de millones que empieza a ponerse en pie? Ante el imperativo de las urgentes reivindicaciones sociales que siente toda dignidad herida, se abre una amplia gama de peligros y posibilidades. Por una parte, con razón alerta Dom Helder Cámara contra el «espantajo» del Comunismo, espantajo fácil de maniobrar... facilísimo de agitar contra todos los que aún sin ningún lazo con el Partido o con la ideología marxista, osan descubrir las raíces materialistas del capitalismo».

Por otra parte, no se puede concluir que el comunismo no sea un peligro para América Latina. Las estructuras clasistas, las condiciones injustas del neoliberalismo, el abandono del sector primario..., son otros tantos reclamos favorables para la actuación de todos los inconformes con la violencia institucionalizada. Aquí encajan las protestas de los que ven o sienten el aguijón del hambre; las actuaciones de los impacientes que se desesperan con la burla de las soluciones legales ineficaces. A estas reacciones de la base se opone el «anticomunismo» de las derechas, de las mal y también de las bienintencionadas derechas. El anticomunismo intolerante, que, «como el propio comunismo, no admite opciones diferentes a la suya propia..., él sí hace propaganda comunista cuando identifica como comunista toda actitud de coraje, de inteligencia, de audacia en defensa de la verdad y de la injusticia».

* * *

En otro lugar del libro, David Hernández dedica un sugestivo apartado a glosar la figura de Dom Helder Cámara, figura—no descubrimos absolutamente nada nuevo al exponer esta afirmación—profundamente significativa y prestigiosa en toda la América Latina. Es cierto, cuando menos en lo referente a los momentos presentes, que nadie ha influido tanto ni personificado mejor en los pueblos de allende los mares la lucha contra los extremismos revolucionarios y contra las injusticias sociales que derivan de unas estructuras opresoras que el arzobispo de Olinda y Recife, en Pernambuco, monseñor Helder Cámara. Oriundo de Fortaleza, al norte de Brasil, apenas ordenado sacerdote en 1931, su innato sentido social orientó su actividad por el carisma del servicio a los demás. Ese servicio se ha ido comprometiendo y encuadrando dentro del marco socio-económico y político-cultural de Brasil, de América Latina, del mundo, a la luz de una serie de ideas-fuerza que monseñor Helder Cámara, en diversas ocasiones, ha expresado personalmente.

No se crea, en todo caso, que el propio monseñor Helder Cámara no ha cuidado con profundo esmero su propio programa socio-político y socio-religioso, puesto que,

RECENSIONES

cómo muy bien se nos subraya a lo largo del capítulo al cual nos estamos refiriendo, el gran problema del obispo de Recife consiste en saber si la revolución social que se impone es obra de educación o si debe pasar por la violencia y la fuerza armada. A esta duda responde que «lo que se hace sin trabajo educativo, sin preparación de mentalidades, no echa raíces. Una transformación no comprendida por aquel a quien se le hace violencia sólo aportará amargura y resentimiento... Es un sueño difícil de realizar, pero espero que sea realizable y capaz de introducir cambios radicales y rápidos para revoluciones creadoras».

Otra de sus profundas tesis es la referente a advertir de otro peligro profundamente trascendente; a saber: «El anticomunismo es tan intolerante como el propio comunismo... No se da cuenta que está haciendo propaganda comunista, cuando identifica como comunista cualquier actitud valerosa, inteligente y audaz en defensa de la verdad y de la justicia.» De algo, en todo caso, no duda hoy Helder Cámara: de que «si permanecemos tímidos, si nos falta valor, si no se comprende y practica la no violencia como una acción positiva y valiente de no conformismo frente a las injusticias, entonces se corre el peligro de vernos superados por amigos que han optado u optarán por la violencia».

Algo, igualmente, está perfectamente claro en América Latina; a saber: que la masa latinoamericana va cubriendo ya las etapas de su conscientización y dando los primeros pasos para hacer posibles los objetivos del desarrollo. Si el pasivismo cedió su lugar a las tensiones vitales, son ahora estas tensiones, cada vez más conscientizadas, las que exigen se dé el siguiente paso. El dinamismo polarizado impondrá inexorablemente sus realizaciones. En la actual coyuntura social importa mucho extender ese dinamismo y asegurar que el signo de esas realizaciones sea positivo para no retroceder o demorar el avance. Este paso es importante. Tiene enormes peligros. Uno de los principales es la tentación de la violencia armada.

Cabe anotar—he aquí uno de los más sugestivos hallazgos que se verifican en estas páginas—que existen formas de violencia pacífica en las que, lamentablemente, casi nadie repara. Monseñor Helder Cámara hace la siguiente progresión en la escalada de la violencia. «La injusticia es la primera de todas las violencias, la violencia número uno.» «Esta violencia número uno atrae a la violencia número dos: la revolución o de los oprimidos, o de la juventud decidida a luchar por un mundo más justo y más humano...» «Cuando la "contestación" contra las injusticias llega a la calle, cuando la violencia número dos trata de hacer frente a la violencia número uno, las autoridades se creen en la obligación de salvar el orden público o de restablecerlo, aunque haya que emplear medios fuertes: de esta forma entra en escena la violencia número tres.» Esta sociedad de violencia en que nos movemos, en la que «no hay ningún país del mundo que esté totalmente inmunizado contra la posibilidad de caer en el engranaje de la violencia», está provocada por la diversidad de actitudes de los distintos grupos humanos dentro de la misma comunidad.

Por otra parte—conviene anotarlo—, surge otra sutil advertencia; a saber: la revolución no es previsora. Importa la acción de hoy. Si promete algo, tampoco se empeña demasiado por cumplirlo, preocupada como está por estabilizar la nueva situación. A su vez, los grupos enquistados en el poder, los herodianos ricos, los latifundistas privilegia-

RECENSIONES

dos, se cierran igualmente al cambio que dará el mañana equilibrado y justo. En lugar de canalizar sus potencialidades para acelerar la promoción de los de abajo, para favorecerlos a ellos, beneficiándose a sí mismos, en vez de desencadenar la revolución metafórica artesanal, agrícola, industrial, tecnológica, se empeñan en la explotación inhumana de siempre, se cierran al diálogo humanizante, se oponen a una remuneración más justa de los esfuerzos que han acumulado sus riquezas. Es decir, ellos también, por su parte, desencadenan la violencia y provocan la revolución. Se instalan en el inmovilismo, que será su ruina y la de los demás. La actuación persistente, la alergia al cambio de estos grupos, provoca otros tantos focos de tensión revolucionaria, que se multiplican a lo largo de toda América. Responden a un orden injusto, violento en sí.

En definitiva —¿qué otra conclusión puede exponerse...?—, la tentación de la violencia radical va ganando terreno en América Latina. Acecha en todas las naciones a los más impacientes, a los radicales, a los más sensibilizados por la frustración y el fracaso del pueblo encadenado por unas estructuras que es preciso romper. Entre los que eligen esta opción no faltan aventureros y románticos, aficionados a las emociones fuertes. La lentitud de los cambios o las falsas promesas exasperan a muchos. Observa Helder Cámara que «la juventud no tiene paciencia para estar esperando que los privilegiados se despojen de sus privilegios... La juventud pierde su confianza en las iglesias, que dan a luz doctrinas muy hermosas..., pero sin haberse decidido, al menos hasta el presente, a encarnarlas en la vida real. La juventud entonces se hace cada día más radical y deriva hacia la violencia». El pueblo mismo, víctima de la explotación y desceoso del cambio, actúa en ocasiones. Otras veces, las más, permanece a la expectativa. Duda del éxito porque es consciente de su falta de preparación, porque cree que se trata de un engaño más. Su instinto, sobre todo el religioso, le hace dudar de *movimientos de liberación*, especialmente si son de ideología dudosa. Si hay visos de *menosprecio a la fe, el repudio es seguro*.

Las tensiones actuales deben ser el impulso que humanice las violencias injustas con la presión liberadora de los que ven los problemas o sienten los efectos de unas estructuras que impiden a demasiados hombres la realización de los derechos más esenciales. La democracia, a la que aspiran las sociedades civilizadas, y el cristianismo, que es una variable común de las 22 naciones latinoamericanas, imponen sus exigencias a las que hay que atenerse o por convicción o por imperativo de la autoridad, que es gerente del bien común. Convicciones y autoridad que están en crisis y provocan las tensiones y los sufrimientos de esta zona de violencias. Los intentos de solución suponen una toma de conciencia y una opción entre todas las posibles que se presentan como viables. Aquí encajan, por el lado violento, las guerrillas, los secuestros, los golpes de estado, los motines, los asesinatos, los robos... La violencia del primer agresor parece pudiera justificar el uso de cualquier medio violento para repeler la agresión. Intentos que, con frecuencia, llevan a la improvisación y al fracaso, o que no son solución por radicalizarse, como lo demuestran varios gobiernos, incluso revolucionarios, que se alían con el capitalismo o se convierten en auténticos dictadores para beneficio de oligarquías.

La toma de conciencia, ampliada cada vez más a través de los grupos sensibilizados e impulsada por los diversos factores de aceleración, que son un signo del momento, constituye la gran esperanza para la masa marginada del continente.

RECENSIONES

¿Qué es lo que América Latina necesita...? La respuesta nos la ofrece el autor de estas páginas: antes que las revoluciones armadas, antes que los levantamientos anti-legales, antes que los cambios externos de estructuras, América Latina necesita con urgencia la revolución interna del hombre mismo, de sus valores, de sus criterios, de su conciencia.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

MIHAJLO MESAROVIC y EDUARD PESTEL: *Stratégie pour demain*, Paris, Seuil, 1974, 208 pp.

Empecemos por recordar que, a fin de establecer las perspectivas a largo plazo de la Humanidad, el Club de Roma—entidad privada financiada por grandes empresas europeas—patrocinaba una investigación bajo la dirección del doctor Meadows—discípulo de Forrester, el analista de sistemas—. Pues bien; el estudio, publicado en 1972, sobre *límites al crecimiento*, llevaba al resultado de que la Humanidad alcanzará su más alto nivel a mediados del siglo XXI, descendiendo a partir de entonces *catastróficamente*, y aconsejándose—consiguientemente—*el congelamiento del crecimiento demográfico y económico hasta conseguir una situación de equilibrio mundial*.

Este trabajo era acogido con una viva discusión en el mundo de los analistas de sistemas, en el mundo de las Ciencias Políticas y en el mundo de la Política. Se veía en él una profecía *de malheur*, el producto de «una fantasía sumida en una psicosis de fin del mundo», etc. Con todo, el mundo seguía produciendo y consumiendo—por supuesto, el mundo que producía y consumía—, y cada vez más...

Ahora bien; el estallido de las crisis mundiales de la energía y de los alimentos iba a dar un nuevo giro a las críticas y a las inhibiciones.

Pues bien; en ese nuevo contexto, estamos ante otro Informe patrocinado por el Club de Roma, ante un trabajo debido a los profesores M. Mesarovic—profesor en Cleveland (USA)—y E. Pestel—profesor en el Instituto de Tecnología de Hannover.

* * *

La obra se inicia con un prólogo de Robert Lattès (pp. 7-17). Y de él destacaremos la valoración hecha de *los desequilibrios de nuestra época*. Todo un cúmulo de ellos: a) Deterioro del medio ambiente y del cuadro de la vida. b) Crisis de las instituciones: desde las Constituciones hasta la escuela, pasando por la inadaptación de los Gobiernos a los problemas transnacionales. c) Burocratización: proliferación de cuerpos hechos para asegurar la continuidad y la estabilidad, pero que—por esencia—van a constituir inevitables obstáculos a los no menos inevitables cambios (con el riesgo de reemplazar la evolución por la impulsión y la revolución). d) Urbanización multitudinaria y anárquica. e) Inseguridad del empleo en la sociedad industrial, nacida de los cambios y de la movilidad—cada vez más rápidos—de esa sociedad. f) Desaparición de la satisfacción

RECENSIONES

en el trabajo. *g)* Distanciamiento creciente entre rentas de ricos y de pobres—dentro de los Estados y entre los Estados—. *h)* Puesta en duda—y en discusión—de los valores de las sociedades. *i)* Presiones demográficas y presiones de las necesidades alimenticias, energéticas y mineras. *j)* Problemas—a escala mundial—de empleo. *k)* Crisis del sistema monetario internacional. *l)* Crisis de las liquideces. (Vid. pp. 7-8).

Y el sentir de Lattès es que a tales desequilibrios corresponden crisis semejantes.

Con toda una tremenda derivación. Esta: el hecho de que la supervivencia de la especie humana esté más amenazada—de año en año—por un *peligro enteramente nuevo y más sutil que el de un holocausto atómico*. Helo aquí: *una serie de problemas mundiales críticos*—no únicamente materiales—y que se agravan a un ritmo increíble, y sin cuya solución positiva no hay desarme—material o moral—posible (cons. pp. 22-23). Tal es, a nuestro juicio, el concepto clave de la Introducción de Mesarovic y Pestel (páginas 19-23).

La obra propiamente dicha empieza—«Del crecimiento indiferenciado al crecimiento orgánico»—sentando unas cuantas ideas básicas. Las siguientes: *a)* En el pasado, la comunidad mundial (*sic*) no ha sido más que una agrupación de partes *fundamentalmente independientes*. En tales condiciones, cada una de las partes podía crecer—para lo mejor o para lo peor—como le viniera en gana. *b)* En las *nuevas* condiciones caracterizadas por el síndrome de *crisis global*, «la comunidad mundial se ha transformado en un *sistema mundial*: es decir, en un conjunto de partes *funcionalmente interdependientes*». Y, en ese conjunto, «cada parte—región o grupo de naciones—aporta su propia contribución al desarrollo *orgánico* de la Humanidad: recursos, tecnología, potencia económica, cultura, etc.». Pues bien; en tal sistema, «*el crecimiento de cada parte depende del crecimiento o del no-crecimiento de los otros*» (vid. p. 28).

Pues bien; situados en tales ideas, tenemos que la Humanidad se encuentra enfrentada a un *torbellino de crisis sin precedentes*: crisis de la población, crisis del medio ambiente, crisis de la alimentación mundial, crisis de la energía, crisis de las materias primas (para no citar más que algunas). Con una particularidad: *aparición de nuevas crisis sin haberse resuelto las antiguas* (cons. p. 25).

Estamos ante la *naturaleza de las crisis globales*. Tema—el del capítulo segundo— a configurar así: *a)* Las crisis no son un fenómeno nuevo. En todas las épocas, la Humanidad ha conocido crisis y, más pronto o más tarde—como la Historia muestra—, el hombre ha sido capaz de superarlas. *b)* Ahora bien; las crisis de nuestro tiempo presentan unos toques típicos: *i)* Las crisis actuales se desarrollan a una *escala global*. *ii)* Numerosas crisis actuales se producen *simultáneamente* y están *en estrecha interdependencia*. *iii)* Las crisis actuales tienen—y es lo que les singulariza más—unos *orígenes positivos*: resultantes de acciones que—*en principio*—son el producto de las mejores intenciones de los hombres (reforzamiento de su nación, etc.); mientras en el pasado las crisis importantes tenían *orígenes negativos*: provocadas por las ambiciones de hombres de Estado agresivos o por azotes o desastres naturales (como peste, temblores de tierra, inundaciones, etc.). *c)* Pues bien; la intensidad de la crisis actual, y la ambigüedad de las medidas eficaces para aportar una solución, quiebran las premisas que durante largo tiempo se han considerado como fundamentales para el desarro-

llo de la sociedad humana. Y, así, la sociedad humana parece encontrarse en un *tour-nant* decisivo: continuar en la misma vía que hasta el presente, con todas sus arriscadas secuelas, o buscar nuevos caminos (cf. p. 25).

En esa tesitura, el libro reseñado plantea el *nacimiento de un sistema del mundo*. Se trata de enfocar la «comunidad mundial» como un «sistema» *mundial*: sistema mundial en tanto que *modelo* para analizar el desarrollo del mundo a largo plazo, y sistema entendido como *conjunto de elementos interdependientes* (y no como una simple yuxtaposición de entidades dotadas de una amplia independencia, según ocurría en el pasado). Idea que lleva unida unas cuantas grandes consideraciones: *a)* Necesidad de dejar de considerar al mundo como *yuxtaposición* de centenar y medio de Estados y *agregación* de bloques políticos y económicos. *b)* Necesidad de considerar al mundo como un conjunto de naciones y de regiones reunidas por sus interdependencias en un *sistema global* (vid. p. 39). Situación de interdependencia en el mundo que viene enseñada por los acontecimientos de la época contemporánea. Fundamentalmente, hay un hecho clave: la actualidad no deja de probar que una ruptura de equilibrio en cualquier lugar de la tierra *se propaga velozmente en todo el mundo* (vid. p. 39). *c)* Ahora bien; esta interdependencia mundial fáctica no es la única novedad en el entramado internacional de la hora presente. Hay otra transformación crucial, aunque sea más sutil: es la *solución por el método de la interdependencia*. Nos explicaremos. En tiempos de menor complejidad, los diferentes aspectos de la vida —personal, social, económica y política—, y sus efectos sobre el desarrollo técnico y el medio ambiente natural, podían ser considerados *aisladamente*. Y, en tal cuadro, el hombre había cultivado una serie de disciplinas tradicionales —Moral, Filosofía, Ciencias Sociales y Políticas, Física, Química, Biología, etc.— para estudiar lo que aparecía como *aspectos distintos de la realidad*. Ahora bien; en nuestros días, la búsqueda de solución de las crisis —con sus interdependencias— se ha hecho *mucho más delicada*. De ahí que dependa de *disciplinas múltiples*, cuando no *de todas* (cons. p. 41).

Pues bien, el estudio de ese modelo se basa en la teoría de los sistemas *a varios niveles jerárquicos*. Y se dedica todo un capítulo al sistema mundial representado por *subsistemas independientes: las «regiones»*. Facetas de la cuestión: *a)* Tal enfoque es necesario, si queremos tener en cuenta la diversidad de las formas políticas, económicas y culturales existentes en el sistema mundial. Con un aspecto consiguiente: los sistemas de *desarrollo regional*, representados por un conjunto de descripciones de *todos* los procesos esenciales que determinan su evolución. Es decir, los cambios económicos, sociales, físicos, tecnológicos, ecológicos, etc. *b)* La concepción de desarrollo regional no está en contradicción con la preocupación del desarrollo global. Al contrario, es necesaria para abordar los importantes problemas a que está enfrentado el mundo, o a que se habrá de enfrentar. Piénsese, a este respecto, que la sociedad internacional se compone de partes cuyo *pasado, presente y futuro «son profundamente diferentes»*. Por consiguiente, el mundo no puede considerarse como un conjunto uniforme, sino como compuesto de *regiones distintas, aunque ligadas entre sí*. *c)* Y la «regionalización» se hace en función de una serie de elementos: tradiciones, historia y estilo de vida, nivel de desarrollo económico, estructuras sociopolíticas, y semejanza de los problemas con los

RECENSIONES

que han de enfrentarse las naciones integrantes de la región. Pues bien; en este sentido, el mundo es dividido en 10 regiones, que se encuentran en situación de interdependencia y de interacción mutua (en el plano político, en el plano económico, en el plano del medio ambiente). Son éstas: *i*) Región 1: América del Norte (Canadá y Estados Unidos). *ii*) Región 2: Europa del Oeste (con Turquía y Yugoslavia). *iii*) Región 3: el Japón. *iv*) Región 4: otras zonas desarrolladas de economía de mercado (Australia, Nueva Zelanda, Israel, República de África del Sur, Tasmania). *v*) Región 5: Europa del Este. *vi*) Región 6: Iberoamérica. *vii*) Región 7: África del Norte y Oriente Medio. *viii*) Región 8: África continental. *ix*) Región 9: Asia del Sur y del S. E. *x*) Región 10: el Asia de economía planificada. *d*) Con una advertencia: para los autores del volumen comentado, todo esto no presupone ninguna «estructura regional de hecho o de Derecho», aunque insistan con vigor en la necesidad de establecer en el mundo en vías de desarrollo comunidades más amplias de Estados, «si se quiere crear entre las regiones del mundo un mejor equilibrio de la potencia política y económica y de influencia cultural». La cosa es fácil de comprender: a entender de Mesarovic y Pestel, no se puede llegar a un equilibrio político y económico internacional a largo plazo por negociaciones directas entre partes tan desiguales como, por ejemplo, los Estados Unidos y Dahomey (con 2,5 millones de habitantes). Y lo mismo que la Comunidad Económica Europea ha sido formada para hacer de los Estados europeos un conjunto de una potencia económica comparable a la de los USA, deberían constituirse Comunidades regionales similares en las otras partes del mundo. *e*) Pues bien; a este conjunto —«multidisciplinario»— se le da una estructura *jerárquica*, con niveles llamados *estratos*: el estrato del medio ambiente; el de la tecnología (englobando todas las actividades humanas: desde la agricultura hasta las comunicaciones por satélite); el estrato demoeconómico (comprendiendo los sistemas de contabilización concebidos para registrar la población y los bienes producidos y consumidos); el estrato colectivo (representando el sistema de disposiciones institucionales y de procesos sociales del hombre en tanto que ser colectivo), y el estrato individual (reflejando el mundo interior del hombre, su naturaleza psicofísica y biológica).

Y, tras la descripción del modelo de sistema mundial, la obra entra —*vid.* capítulo quinto: «Demasiado poco, demasiado tarde»— en los resultados del análisis: *a*) escalonándose las estimaciones: persistencia de las crisis y el precio a pagar por todo retraso en afrontarlas, y *b*) examinándose las cuestiones en función de un problema que se halla en el primer plano de la actualidad mundial: la separación entre las regiones industrializadas (o «desarrolladas») y las regiones subindustrializadas (o «en desarrollo» o «subdesarrolladas»). Un punto a anotar en este apartado: la valoración de la vertiginosa distancia económica entre países desarrollados y países subdesarrollados y del esfuerzo necesario para reducirla (ayuda *continuada* entre 1975 y 2025, con «serios sacrificios» por parte del mundo desarrollado: unos 7.200.000 millones de dólares).

Y, dentro de esta temática, se incluye el asunto del agotamiento de las materias primas. Ello implica «un reparto más equitativo de los recursos globales del mundo». Lo que exige esto: las regiones industrializadas han de poner término a su desarrollo «*aceptando límites al consumo por cabeza de los recursos no-renovables*» (*vid.* p. 83). En otro caso, surge la sombra de los «desesperados» aterrorizando a los que se recrean

en su riqueza. E, incluso, se plantea el «chantaje individual o colectivo» por medio de la bomba atómica «paralizando toda forma ordenada de desarrollo». «Es preciso elaborar ahora un plan director para un *crecimiento orgánico* y un *desarrollo mundial duraderos*, basado en un reparto *global* de todos los recursos no-renovables y en un nuevo sistema económico *global*». Urgencia de la cuestión: en diez o veinte años, será demasiado tarde. Y aun un centenar de Kissingers, cuadruplicando sin descanso el globo con sus misiones de paz, no podría impedir que «el mundo cayese en el abismo de un holocausto nuclear» (cons. p. 83).

Seguidamente, nos encontramos ante un enorme problema: el dilema planteado por el crecimiento demográfico—título del capítulo correspondiente: «Cuando los retrasos son mortales»—. Una realidad insoslayable. Tenemos que, partiendo del principio de nuestra era, la población mundial ha necesitado más de 16 siglos para pasar de 200-300 millones a 500. En el curso de los dos siglos siguientes, aumentó alrededor de medio millar. En el siglo siguiente, hasta un millar. Hacia 1930, la tierra alcanzaba los 2.000 millones de habitantes. Pero, después, en menos de medio siglo había aumentado en dos millares. Y no serán precisos más que veinte años para doblar esa cifra: la población del globo pasará de los 6.000 millones en el año 2000 (*vid.* p. 87). Pues bien; piénsese en la presión que va a resultar de ello sobre los sistemas sociopolítico y económico (cf. p. 94).

Bajo el rótulo de «Las batallas de la penuria», los autores pasan a examinar la naturaleza de las relaciones entre las diferentes partes del sistema del mundo en gestación. Esencialmente, hay que tener en cuenta esta realidad: vivimos en un mundo donde los detentadores de los recursos clave y los usuarios de ellos pertenecen a *sociedades cuyas finalidades y objetivos son diferentes*—incluso, contradictorios— (cons. p. 98).

La obra reseñada plantea la solución de los conflictos surgidos del reparto de los recursos (que depende de la gravedad de la situación, del grado de desorden en el funcionamiento normal del sistema, etc.). Y, presentando el caso del petróleo, se estudian *los objetivos de las regiones exportadoras de petróleo y los de las regiones importadoras*.

El dilema a largo plazo de los recursos energéticos constituye el objeto de otro capítulo. Partiendo de la óptica de los «límites de la independencia», el volumen comentado afirma categóricamente la evidencia de «*una verdadera penuria*» a escala mundial: unos Estados carecen de la energía; otros Estados carecen de bienes de equipo. Posibilidades al respecto, en tal coyuntura: política *de estrangulamiento*; política *de represalias*, y política *de cooperación*. Pues bien; para Mesarovic y Pestel, es esta política de cooperación la generadora de ventajas: la única salida *racional*. Ahora bien; ella exige *fuerza de voluntad* en la Humanidad y en sus dirigentes, y *superación de los prejuicios* (*vid.* p. 124).

El siguiente apartado del libro se ocupa de la alimentación, «el más precioso de todos nuestros bienes». Pues bien; en esto, nos hallamos en una situación extremadamente crítica. Aquí hay una evidencia indubitada e indubitable: *a escala del mundo, la cantidad de alimentos por cabeza no ha aumentado desde 1936*. Incluso ha disminuido

en el curso de la última década. Obsérvese que numerosas regiones exportadoras de alimentos antes de la II Guerra Mundial—como Iberoamérica, la Europa del Este—son importadoras hoy. Las reservas mundiales de alimentos disponibles para el caso de urgencia han bajado en más de los dos tercios durante el último decenio, pasando de ochenta días de aprovisionamiento a menos de treinta (cons. p. 126). Y la obra recensionada advierte que, de continuar la tendencia actual de la producción mundial de alimentos, la penuria alimenticia no hará más que empeorar hasta tomar *dimensiones catastróficas* (cf. p. 126). De ahí la importancia de los detalles que se dan, en este orden de cosas, por el volumen patrocinado por el Club de Roma.

Con una solución nada simple. Pues, desde la perspectiva del surgimiento «de un nuevo orden económico global», superando «los estrechos límites de los intereses nacionales», se trata de lograr—nada menos, decimos nosotros—que un «desarrollo económico equilibrado para todas las regiones», y a base de la combinación de diferentes factores y—atención—sin desdeñar ninguno de ellos.

El capítulo siguiente va dirigido al enfoque de la problemática de la crisis actual de la energía—«¿Milagro de la tecnología o pacto con el diablo?»—. En él, se procede a un examen de la posición optimista de los creyentes en que será la energía nuclear la que permitirá resolver la crisis energética. Y aquí se esgrimen *dificultades sin precedentes*: en el plano del tiempo necesario para la construcción de centrales nucleares; en el de su financiamiento, y en el de los problemas—fundamentales—de la seguridad. El libro se plantea también la solución de la utilización de la energía solar (pp. 146-148). Pero, a la postre, y dadas las reservas mundiales, la solución intermedia es la del carbón (*vid.* p. 146). (Con la ironía de este dato, que queremos recordar: «el reinado del carbón ha terminado», afirmaba Raymond Cartier en 1967, en «Francia emprende la descentralización», *Blanco y Negro*, Madrid, 30 diciembre 1967, p. 56, c.^a 1.)

Resumiendo, en este dominio: necesidad de grandes esfuerzos para cambiar enteramente nuestro modo de vida y, en particular, nuestras costumbres en materia de consumo de energía, con la concepción del crecimiento económico que ellos suponen. O sea, «paso de una *economía orientada sobre el crecimiento* a un *desarrollo económico equilibrado*». Todo ello representa una decisión capital, y sin precedente alguno en la Historia de la vida del hombre sobre la tierra, en favor de las generaciones futuras (*vid.* p. 148).

El estudio propiamente dicho termina—en la Conclusión: pp. 151-162—con una serie de significativas reflexiones. Del siguiente tipo: a) Las crisis actuales no son fenómenos pasajeros. Por el contrario, reflejan una tendencia persistente que se inscribe en el movimiento mismo de la Historia. b) La solución de estas crisis no puede producirse más que en un contexto *global, a largo plazo* y en función del *sistema del mundo que toma forma*, y con el establecimiento de un nuevo orden económico mundial y de un sistema global de reparto de los recursos. c) Incapacidad de las medidas tradicionales, que se limitan a un aspecto aislado de las crisis—y, singularmente, a su aspecto económico—, para llegar a soluciones verdaderas. d) Posibilidad de resolver las crisis *por la cooperación*—más que por el enfrentamiento—. Cooperación con *ventajas*. Aún más: muy frecuentemente, la cooperación es provechosa *igualmente* para todas las partes.

RECENSIONES

Pero cooperación con *obstáculos*. Y el principal procede de las *ventajas a corto plazo* que se esperan del enfrentamiento. Con la advertencia de que tales ventajas de breve duración siguen teniendo poder de atracción, aunque —como está probado— terminen con *pérdidas a largo plazo* (cons. pp. 151-152).

Sobre todo lo cual campea una cuádruple precisión: a) Que el nacionalismo estrecho está definitivamente *dépassé* (cons. p. 152). No se olvide que antes de llegar a las conclusiones, el texto (*vid.* p. 125) ha presentado la noción de independencia nacional como «uno de los tabúes más viejos de nuestra sociedad» y ha adelantado el nacimiento de la «era de las limitaciones a la soberanía nacional». b) Que la *mundialización* —de que hablan los autores— no debe tomarse como sinónimo de *uniformización* —un sistema mundial monolítico con un solo Gobierno, un solo régimen social, una sola lengua—, sino como *diversidad* —de culturas, de tradiciones, etc.— *en un conjunto* —como base moral necesaria para los grandes cambios exigidos—. c) Que las cuestiones globales no pueden tratarse más que de manera *global y concertada*. d) Que la creación de las estructuras internacionales, tales como la *urdimbre de cooperación* —condición *sine qua non* del nacimiento de una Humanidad nueva en marcha hacia un crecimiento *orgánico*—, es una cuestión *de necesidad*, no de buena voluntad o de libre elección (*vid.* pp. 152-153).

Pormenores adicionales ofrece la obra aquí reseñada; en una serie de apéndices (pp. 165-197). Estos apéndices incluyen: a) Detalle de los investigadores que han participado en la elaboración del modelo mundial regionalizado (desde Alimentación, Economía y Ciencias Políticas hasta Informática) y de los expertos consultados al respecto. b) La lista de los países agrupados por regiones (punto que ya hemos tratado). c) Notas complementarias: sobre la expansión de la producción alimenticia; sobre las reservas de carburantes fósiles; sobre el coste de la producción, el comercio y el consumo de petróleo; sobre clases de edad y crecimiento demográfico (abundantes gráficos); sobre subalimentación y mortalidad. d) Bibliografía.

* * *

El libro se cierra con un Comentario de Aurelio Peccei y Alexander King (pp. 199-205), cuya trabazón ideológica puede montarse —*vid.* p. 204— a través de estos conceptos clave: a) Convicción de que el mundo se encuentra en «una pendiente fatal». b) Advertencia de que «el hombre parece condenado». c) Salvedad de que, sin embargo, hay «alguna esperanza». d) El verdadero problema: saber si se tendrán en cuenta las admoniciones hechas en este volumen.

A fin de cuentas, es la gran cuestión de la forja de *una educación enteramente nueva* —orientada hacia el siglo XXI y no sobre el siglo XX o el XIX—, requerida para los cambios necesarios en el comportamiento individual y social de una Humanidad bajo el signo del *desarrollo equilibrado*.

LEANDRO RUBIO GARCIA

RECENSIONES

ROBERT R. BOWIE: *Suez 1956*, Oxford University Press, 1974, xx-148 pp.

ABRAM CHAYES: *The Cuban Missile Crisis*, Oxford University Press, 1974, x-157 pp.

THOMAS EHRLICH: *Cyprus 1958-1967*, Oxford University Press, 1974, xii-164 pp.

Estas constituyen tres obras de una serie más amplia publicada bajo el común denominador de «Crisis Internacionales y el Papel del Derecho», que vendría a ser el subtítulo de cada una de ellas. Si de hecho todas responden al mismo enfoque, también nos demuestran lo poco que tiene que hacer o decidir el derecho internacional en momentos críticos, o mejor, de crisis abiertas. En realidad todas las crisis examinadas hay que entenderlas en el contexto sociológico de las relaciones internacionales en que se sitúan, uno de cuyos componentes e ingredientes es el derecho. Sí, el derecho como abuso o el derecho como impotencia. En todos los casos triunfa la ley del más fuerte. Es la *power politics*, la política del poder, en toda su extensión, intención e intensidad. Lo demás es acompañamiento.

Lo que Bowie deduce de sus conclusiones para el caso de Suez sería aplicable individualmente a las otras crisis: «Una simple crisis como Suez apenas proporciona una base adecuada para generalizar sobre el papel del derecho (normas legales, procesos, reivindicaciones e instituciones) en las grandes controversias. Cada caso depende críticamente de sus especiales circunstancias. Suez no es excepción. Sin embargo, un estudio de Suez sí sugiere algunas conclusiones sobre el impacto del derecho en tal crisis. El derecho fue importante, incluso si en última instancia no controló; afectó sustancialmente en cómo las partes actuaron e interactuaron. Un modo de conseguir penetración en el papel legal es comparar las diferencias entre las partes en sus usos del derecho y en su impacto sobre ellas. ¿Cómo relacionaron sus objetivos al orden jurídico? ¿Para qué propósitos usaron el derecho? ¿De qué manera el derecho influyó acciones específicas y sus consecuencias? ¿En qué medida el derecho fue más efectivo para algunos propósitos y bajo ciertas condiciones que otros? ¿Cómo fueron afectadas las instrumentaciones del orden internacional?

Las crisis de Suez y de Cuba fueron de unos días, poco más de una semana, mientras que las de Chipre abarcan desde 1958 hasta 1967; pero en tanto que las dos primeras están cerradas como tales, la de Chipre subsistió, hasta el punto de que la crisis de todas sus crisis puede haberse resuelto, o cuando menos replanteado en nuevos y vigorosos términos con la iniciativa del golpe de Estado contra Makarios y el subsiguiente desembarco turco y su corolario: división *de facto* de la isla, desplazamiento masivo de poblaciones y gran derramamiento de sangre. Cualquier cosa que ocurra en Chipre no podrá conseguir que vuelvan las cosas como estaban.

Igualmente, el tenor de los que se confrontaron varía fundamentalmente. En el caso de Suez hubo la maligna colusión anglofrancesa e israelí contra Egipto, por razones distintas; aunque Israel no salió malparado, su posición moral quedó afectada por tal equívoco camino. USA estaba de elecciones y Rusia estaba arrasando la sublevación húngara. Francia estaba en guerra en Argelia y su opinión pública no cedió ante el caso, a diferencia de la inglesa. Si bien en los previos meses, desde la nacionalización del canal por Nasser, los anglofranceses trataron de buscar el camino del derecho para argumentar sus razones, la acción bélica última los enfrentó con ese mismo derecho. Toda

RECENSIONES

la acción, desde la indicada nacionalización, fue bien articulada jurídicamente por el líder egipcio, que debió contar con muy buenos asesores, comenta el propio autor. Y Estados Unidos no sólo no cedió en favor de sus aliados, sino que, ante el hecho consumado, presionó decisivamente sobre ellos para que terminaran la aventura. Como observa S. M. Schwebel en un comentario final, USA «no está libre de la tendencia a aplicar el derecho internacional más rigurosamente a la conducta de otros que de sí mismos». Y cita los derrocamientos de Mosadeq y de Arbenz vía CIA, pero más contundente y concluyente habría sido lo por venir: República Dominicana, 1965.

En el caso de la crisis de Cuba no sonó un tiro, porque de haber sucedido habría sido directamente y no fortuitamente entre las dos superpotencias, en una situación tal que bien habría podido desencadenar de entrada una guerra termonuclear. Castro parecía asegurado en la nueva Cuba. A mediados de 1962 los americanos detectaron misiles soviéticos en suelo cubano y el Washington de Kennedy, que había fracasado en Bahía de los Cochinos, empezó a especular en el modo más directo, eficaz e inofensivo simultáneamente para que fueran evacuados. El primer paso debía detener los nuevos envíos que venían por mar. Curiosamente —es decir, no curiosamente, no por azar— el libro que profundizó y enfocó brillantemente dicha crisis, el de Graham Allison, en su índice no hay entrada para el derecho; y otros autores que se han referido al tema (el autor cita los cinco principales) hacen escasa referencia a él, y nunca como tema dominante. El estudio de Chayes «considera a su vez los principales modos que el derecho afectó, o pudiera pensarse haber afectado, el curso de la acción adoptada. Primero, como un freno a la acción; segundo, como la base de justificación o legitimación para la acción, y tercero, como proveedor de estructuras organizativas, procedimientos y fóruns. Al mismo tiempo hubo que seguir un método, y éste fue el de analizar el proceso de decisión en un simple punto y no seguir el enfoque jurídico a lo largo de toda la crisis, o sea desde el descubrimiento de los misiles al bloqueo». Por todos esos propósitos el autor enfoca sobre tres decisiones interrelacionadas: la elección del bloqueo contra respuestas más duras o más suaves; la decisión de buscar una resolución autorizadora de la OEA; la forma y método de aproximación a la ONU. Aunque las tres decisiones son complementarias y están integradas, el enfoque primordial ha sido sobre la del bloqueo. El arranque comienza con el discurso del presidente Kennedy la noche del 22 de octubre.

El libro de Ehrlich ha quedado corto, pero sus propias conclusiones, con la última crisis de finales de 1967, cuando los turcos exigieron a los griegos retirar las tropas de más, subraya la sensibilidad de la situación, como siete años después se demostró, de nuevo por iniciativa griega o grecochipriota al derrocar al arzobispo-presidente: «La retirada de los tropas griegas de Chipre probablemente evitó un desastre militar para Grecia. Puede haber reflejado también una decisión fundamental para el régimen griego de descomprometerse de la isla. Hay algunas pruebas de que el Gobierno turco puede estar similarmente inclinado. Ambos están sin duda cansados de ser vapuleados por el rabo de sus respectivas comunidades en Chipre. Ambos pueden haber llegado a la conclusión de que sólo aquellas comunidades pueden arreglar los asuntos de la isla.» ¡La que se armaría meses o tal vez semanas después de haberse escrito estas líneas! Pero la gran verdad es que la «maltrecha ha sido Grecia, como lo hubiera sido en 1967». De hecho el libro aborda cuatro crisis, por capítulos separados: la decisión británica

RECENSIONES

de 1958 para abandonar la soberanía de Chipre; la decisión del Gobierno chipriota de 1963 proponiendo revisiones al acuerdo de Zurich-Londres; la decisión de Turquía de bombardear Chipre en 1964, y, por último, la decisión griega de 1967 de retirar sus tropas. No podrá decirse que la respuesta turca de 1974 fuera una sorpresa para nadie, excepto, por lo que se ve, para los griegos y su absurda y provocativa política.

A guisa de conclusión general, podríamos utilizar las últimas palabras de Bowie: «Pero la desigual aplicación e irregular efectividad del derecho internacional apenas muestra que no actúa como un moldeador y constreñidor de la conducta del Estado. En algunos casos, su impacto puede ser mucho mayor que otros; pero, en cualquier caso, el derecho internacional en múltiples formas influencia y es influenciado por los hechos que se desarrollan en la vida internacional.» En todos los casos aquí reseñados los más fuertes han sido los norteamericanos o el bando apoyado o consentido por los norteamericanos. Y ésta, si no se toma como lección primera, cuando menos hay que estudiarla como última.

Tomás MESTRE

